
La corrupción y la justicia que brota de la fe

German R. Rosa Borjas, SJ.

Introducción

Nuestra reflexión será en torno a la justicia y la corrupción.

La justicia ha sido una preocupación fundamental en América Latina. Históricamente la justicia ha sido una necesidad que brotó desde la misma realidad de nuestros pueblos, dada la situación de pobreza, de formas de convivencia social y de estructuras institucionales que legitimaron dicha situación, que permitieron y posibilitaron que ésta se expandiera; también la justicia ha sido una necesidad sentida para superar la violencia expresada en modos de relaciones políticas y sociales que desencadenaron otros problemas. En este contexto surgieron reacciones importantes en la reflexión y el pensamiento latinoamericano hasta la misma praxis política que han cuestionado el *statu quo* imperante.

Desde la perspectiva de la justicia se cuestionaron las democracias formales, los gobiernos militares, las relaciones de dependencia y subdesarrollo económico y social, los esquemas de dominación y explotación. El pensamiento latinoamericano discurrió abiertamente sobre estos problemas, los cuales permitieron iniciar el debate en torno a los mismos, evidenciándose de esta manera desde

las posturas más radicales hasta las más razonables, muchas veces en un ambiente de conflicto bélico en el que se confrontaron dos proyectos antagónicos que proponían dos modos distintos de organización social, es decir, un proyecto de sociedad con una estructura socioeconómica socialista o un proyecto de una sociedad capitalista reformada.

En este panorama clari-oscuro, la justicia ha sido un tema central, el cual no podemos ignorar en pleno siglo XXI argumentando de manera simplista que es una moda del pasado, obsoleta porque estamos en transición hacia una nueva época, como si la justicia fuera un tema de periodos históricos ya superados.

Obviamente, la justicia es un tema actual que siempre se plantea y debe estar espelando nuestras sociedades en todos los tiempos y circunstancias, puesto que la injusticia es una realidad activa y expansiva en muchas instancias.

Nuestro propósito en esta ocasión es destacar los aspectos que nos ayuden en nuestra reflexión sobre el tema de la justicia en nuestros países latinoamericanos en los inicios del siglo XXI, con la perspectiva siempre novedosa que introduce la fe de nuestros pueblos. De manera particular, lo que pretendemos es poner en evidencia una de las formas maléficas más sutiles de la injusticia como es la realidad de la corrupción. Para lograr nuestro propósito retomaremos los aportes de diversos autores que nos permitirán reflexionar sobre la corrupción y la justicia que brota de la fe en nuestros países.

En principio, hay que dejar por sentado que la justicia no es puramente una teoría normativa, ni es un concepto abstracto que significa lo mismo para todos, en todas las circunstancias o contextos sociales.

También es importante decir que al pensar sobre la justicia lo hacemos en relación intrínseca con el cambio social, con las transformaciones posibles y realistas que ella misma implica. Precisamente por esto, la justicia tiene sus implicaciones prácticas, pasa a ser una praxis humana que se materializa tomando en cuenta las situaciones históricas precisas, lo cual implica obligaciones bien definidas para los individuos y las instituciones en la sociedad.

Tomando en cuenta la problemática de la corrupción hay que decir que ésta es una práctica perniciosa y destructiva en los países y las sociedades latinoamericanas, así como en otras regiones del mundo.

La corrupción es un fenómeno complejo, difícil de definir. Da la impresión que no podemos retener la corrupción en nociones y en conceptos. Podemos tener una primera aproximación a este fenómeno, intentando descifrar su significado. La corrupción es una práctica individual o social de un modo de relación perversa que se convierte en vicio o abuso para lograr fines bien determinados, alterando roles y funciones sociales. La práctica de la corrupción emplea las responsabilidades delegadas para sacar un beneficio económico o mejorar su status social. Muchas veces el ejercicio del poder lleva a saciar un deseo desmedido de tener y acumular riquezas ilícitamente y de manera ilegítima. La práctica de la corrupción hace perder la confianza pública y distorciona la realidad ocultando la verdad. El corrupto y el corrompido no se hace justicia a sí mismos, ni a la sociedad a la que pertenecen.

La corrupción es una realidad que podemos constatar y se ha convertido en una manifestación flagrante de la injusticia en muchos países del hemisferio. No olvidemos que muchos de los países latinoamericanos aparecen ocupando los primeros lugares de corrupción en el mundo. El mal de la corrupción se ha expandido convirtiéndose en una práctica habitual en muchos ámbitos de las sociedades latinoamericanas. Podemos observar cómo los medios de comunicación social muestran que la corrupción es un *modus vivendi* de personalidades públicas como los políticos, agentes económicos y otros ciudadanos que descubren en los caminos de la corrupción una posibilidad efectiva para enriquecerse y llenarse los bolsillos en el menor tiempo posible y de la manera más fácil, logrando satisfacer con esta práctica desenfundada sus ansias de riqueza y poder dejándose llevar por su ambición.

La práctica de corrupción tiene efectos destructivos porque involucra a otros corrompiéndolos, se desarrolla una red del vicio e

introduce una costumbre de realizarla. La práctica de la corrupción se realiza en los mercados, la política, la empresa privada, también en organizaciones públicas, utilizando las funciones y medios de dichas instituciones en provecho propio ya sea de carácter económico o de otra índole¹.

De ahí la necesidad de pensar en aplicar la justicia ante este tipo de prácticas y situaciones para que impere la razón, el derecho, la equidad en la gestión pública. No se puede pensar en desterrar la corrupción sin la práctica de la justicia la cual emplea la ley como una mediación necesaria.

En el desarrollo del presente artículo intentaremos reflexionar sobre lo siguiente:

La práctica de la corrupción es una forma de expresión de la injusticia infligida a los ciudadanos por aquellos que la realizan y afecta de manera particular a los más vulnerables por su situación de pobreza y de exclusión social. La praxis de la justicia es necesaria para erradicar la corrupción; los ciudadanos deben emplear las instancias judiciales y fortalecer su participación activa en la sociedad civil para lograr dicho fin. Esto puede contribuir a actualizar y consolidar la institucionalidad de la justicia. Desde la fe cristiana podemos decir que la justicia implica superar la idolatría de la riqueza y el poder que se constituye en una fuente de la corrupción. La fe nos hace justos y también nos salva históricamente del mal de la injusticia y de la corrupción, situándonos en el camino de la salvación escatológica y definitiva.

La corrupción: un rostro diferente de la injusticia

La corrupción es una manifestación de la injusticia no sólo porque se realiza al margen de la legalidad o se encubre maléficamente con ella, sino porque propugna una justicia parcial que se limite a formular leyes que pueden ser concebidas como dar a cada cual lo suyo sin llegar al origen o el principio de lo que es propio o le corresponde y prescinde al mismo

¹ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Tomo I, Editorial Espasa Calpe, S.A., Madrid 2001, p. 668.

tiempo de los demás. Esta concepción de la justicia no llega a responder a la pregunta si lo que es propio es legítimamente propio o no lo es. No olvidemos que los que practican la corrupción hacen uso del sistema legal, lo manipulan, conocen bien los lados vulnerables y todo el andamiaje del mismo, así como los puntos de fuga y además cuentan con los recursos para lograr sus planes.

La corrupción destruye los países porque se realiza muchas veces empleando los cauces institucionales y utilizando los quicios de la legalidad, atentando en contra de la confianza pública otorgada a quienes se les ha delegado una gestión, individuos que se convierten en corruptos y que a su vez son corruptores de ciudadanos que devienen sus cómplices. Pero esta corrupción revierte en contra de la institucionalidad y desencadena consecuencias sociales catastróficas. Por ejemplo, la malversación de fondos impide la inversión pública y privada, tan necesarias para generar empleo y atender necesidades de la población.

La corrupción es una forma sutil de la injusticia que destruye los proyectos de países y pueblos latinoamericanos pero que repercute, sobre todo, en los más vulnerables, haciendo prácticamente imposible el uso pleno de los recursos con que cuentan las instituciones públicas impidiendo los beneficios que deberían prestar en las sociedades latinoamericanas; dichos recursos son de suyo limitados y si hay un mal uso de los mismos estos recursos son mucho más limitados.

Un argumento importante para contrarrestar cuanto antes la corrupción es que nuestros pueblos, nuestra gente no merece que los tratemos con el látigo de la injusticia que tiene el rostro adverso de la corrupción. Por eso la justicia es una prioridad de prioridades porque es el antídoto del *modus operandi* de los corruptos.

La corrupción es una manifestación clara de la injusticia porque no hace justicia a los ciudadanos, son frecuentes los escándalos de los funcionarios que han sido elegidos para desempeñar una función pública que no la asumen con todas sus obligaciones y deberes. La confianza, *la fe pública* depositada por los ciudadanos es burlada, hay

abuso de los derechos delegados, no se ejerce el buen uso del patrimonio público sino que hay un uso abusivo del mismo.

Los ciudadanos justos realizan una gestión con justicia

La justicia es un tema que ha cuestionado al ser humano desde los inicios de la filosofía sin hablar aún de la justicia bíblica.

La justicia es fundamental para la sociedad y el buen funcionamiento del Estado político. Si los individuos que gobiernan son justos o poseen la virtud de la justicia en consecuencia el Estado político también será justo. Ya lo expresaba muy bien Platón en la república: "Es natural que el hombre justo, en tanto que lo es, no difiera del Estado justo"². La armonía interior del hombre que tiene las disposiciones de la prudencia, el valor y la templanza corresponde al ejercicio del poder en el Estado según la concepción platónica. Sin pretender hacer desde nuestra perspectiva una analogía del ser humano y el Estado, sí es importante destacar la importancia que le da Platón a la interioridad del ser humano en el ejercicio del poder y de las funciones públicas de cara al buen funcionamiento del Estado y del bien en la sociedad. Si las instituciones son redes de relaciones humanas cuando la corrupción está presente en las mismas, hay una necesidad impostergable de humanizar dichas relaciones que consiste en dar lugar al ejercicio de la justicia para desterrar la corrupción.

La injusticia es el no-reconocimiento de hecho y de derecho de los derechos de los ciudadanos, sobre todo de aquellos que no tienen status, ni reconocimiento social por su situación y condición de vulnerables, de débiles, es decir, por ser pobres y excluidos. La corrupción manifiesta claramente de hecho estas características de la injusticia sobre todo por el abuso que se hace del poder y de la riqueza, de ahí que la corrupción pueda ser concebida como una de las manifestaciones de la injusticia. Lo específico de la corrupción es el modo perverso de destruir la **fe pública** sin escrúpulos, ni pensar el

² Platón, *La República o El Estado*, Editorial Espasa-Calpe, S.A., Madrid 1971, pp. 22-23.

daño que causa en la población este *modus operandi*. Daños que no son solamente cuantitativos sino que son también cualitativos. Es difícil restañar las heridas que se producen en la población cuando ésta ha perdido la fe en los proyectos históricos y niega toda posibilidad alternativa para resolver los problemas fundamentales que le afectan. Nuestros pueblos tienen hambre, desempleo, problemas de inseguridad pública y social, pero también tienen la necesidad de recuperar la confianza perdida. La corrupción cierra las puertas para resolver estos graves problemas de nuestros países.

La actualización de la justicia en una legislación adecuada

Una legislación actualizada y sin ambigüedades ni resquicios, expresada de la manera más clara y sin vacíos jurídicos es un instrumento importante para enfrentar con agilidad los casos de corrupción y para erradicar cuanto antes este flagelo. Dicho de otra manera, la justicia es el fin y el objeto de la ley y si ésta se expresa sin ambages y se realiza sin estratagemas es un medio fundamental para acabar con la injusta corrupción. Sin embargo la honradez, la justicia no es solamente una expresión legal sino que es una virtud³ intrínseca en el ser humano, la cual se cultiva con la educación, la formación; Platón lo expresa muy claramente: "o los ciudadanos son hombres de bien y todo se arregla decorosamente, o están corrompidos, y en este caso los reglamentos no les darán la probidad, cuando la idea de la misma ha desaparecido"⁴. No olvidemos que la justicia se alcanza según la concepción platónica mediante la sabiduría. Platón sostiene que el gobernante debe ser sabio, filósofo, es decir, amar toda la sabiduría y por lo tanto amar la justicia que es la base y el sostén de todo Estado. Desde esta perspectiva el hombre sabio no podrá desear el mal ni ser causa de la injusticia. En su período de madurez Platón sostiene que el gobernante debe someterse a las leyes de su pueblo y de su nación.

³ Virtud viene del latín *virtus* que significa fuerza, vigor o valor.

⁴ Platón, *La República o El Estado*, Op. Cit., p. 21.

Aristóteles concibió dos formas de justicia:

"la *justicia distributiva*, que asegura la repartición equitativa de derechos y deberes, obligaciones y ventajas entre los miembros de la comunidad, y la *justicia conmutativa*, que se refiere a la equivalencia entre la prestación y la contraprestación; como las circunstancias que determinan la operatividad de la justicia son cambiantes, ésta debe amoldarse y evolucionar con los cambios que se producen en las sociedades humanas"⁵.

Si recuperamos la noción de justicia distributiva y justicia conmutativa de la filosofía aristotélica, al pensar sobre la justicia en nuestros países nos relanza a reflexionar sobre la situación real de los derechos y deberes, obligaciones y ventajas de los ciudadanos de nuestros países (por lo que respecta a la justicia distributiva); también nos empuja a ponderar si lo establecido en términos contractuales en los ámbitos de la economía y de las finanzas están basados en la equidad (por lo que respecta a la justicia conmutativa), tema siempre pendiente. No debemos perder de vista que en definitiva las normas, las leyes, la praxis social deben ser orientadas para lograr el bien común y al hablar de corrupción sabemos que este tipo de práctica desafía la justicia y no contribuye al bien común.

Los pensadores griegos, y de manera particular Platón y Aristóteles, trataron el tema de la justicia en relación con la Polis y el Estado. Por esta razón nos parece importante recuperar sus aportes que tienen mucha actualidad y son una contribución muy valiosa al tratar el tema de la justicia y la corrupción.

Para Platón la justicia es virtud suprema y esencial del Estado pues el Estado ideal es aquel donde prevalece la justicia⁶. Podemos decir, desde nuestra perspectiva, que el Estado justo es aquel que no permite la corrupción, ni es conveniente con la misma.

⁵ Leonor Martínez Echeverri y Hugo Martínez Echeverri, *Diccionario de Filosofía Ilustrado*, Editorial Panamericana, Bogotá-Colombia 1998, p. 316.

⁶ Leonor Martínez Echeverri, Hugo Martínez Echeverri, *Diccionario de Filosofía Ilustrado*, Op cit., p. 316.

La justicia ha sido una preocupación latente del ser humano que vive en comunidad y en sociedad. Esta preocupación es de carácter ético porque intenta responder a lo que debe ser y lo que debe hacerse, esta preocupación brota desde la misma interioridad de la persona situada en su realidad social y cultural. En definitiva hay una interacción entre el mundo interior y el mundo exterior que estructura las relaciones creando posibilidades nuevas de comunicación, de realizaciones personales y sociales; teniendo en cuenta que las decisiones tomadas en lo cotidiano tienen sus repercusiones no sólo en lo individual y colectivo, sino también en las instituciones y en las estructuras que conforman la realidad humana⁷.

La justicia procesal y la lógica de la corrupción, un desafío ético

El problema de la corrupción plantea la necesidad de una justicia procesal bien elaborada, empleando los métodos correctos para la elaboración de las normas, determinando los hechos de un caso particular o bien que trate de obtener una apreciación global de las normas y los hechos para que conduzca a un fallo judicial justo, evitando así condenar una persona sin ser oída o en otro caso condenarla por una ley injusta.⁸

Una justicia que realiza un proceso justo debería considerar lo siguiente:

“Nadie debe ser acusado de violar una norma de conducta a menos que pudiese haber descubierto la existencia y el significado de la norma antes de cometer el acto imputado. Toda persona acusada tiene derecho a conocer el cargo que se le imputa, a conocer las pruebas aducidas en apoyo del cargo y a tener una clara oportunidad de reunir y presentar sus propias pruebas. El juez o cualquier árbitro debe ser desinteresado, imparcial y cuidadoso. Si la acusación es grave, el acusado tiene derecho a la asistencia de un letrado. Además, incluso si una persona ha sido declarada culpable, la justicia procesal requiere que se

⁷ M. VIDAL, *Diccionario de ética teológica*, Editorial Verbo Divino, Navarra, 1991, p. 236.

⁸ Edmon Cahn, “Justicia”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Volumen 6, Ediciones Aguilar S.A., Madrid 1975, p. 393.

*proporcione algún medio para reconsiderar el caso más tarde y corregir cualquier error serio que salga a la luz*⁹.

La corrupción no solamente es un problema de carácter moral aislado, en el que prevalece el interés privado del corruptor y el corrompido sobre el interés general. El interés privado no se reduce sólo a la obtención inmediata del dinero efectivo sino que se trata de construir una red de relaciones capaces de substituir al Estado de derecho¹⁰.

La lógica de la corrupción no sólo consiste en utilizar la legalidad para encubrir o retrasar la justicia, sino que traduce en forma de reglas de derecho una cierta visión del orden público¹¹.

Los recursos sociales y la legitimidad del poder son utilizados perversamente con fines privados y particulares.

Dicho de otra manera: "la corrupción esconde una lógica económica muy simple, la de la renta, etc., en nuestras sociedades, de la renta monetaria, una fuente de riqueza controlada por alguien que no puede explotarla por él mismo".¹²

Esta lógica económica es evidente en los casos repetidos de corrupción en nuestros países cuando ocurre la malversación de fondos y el enriquecimiento ilícito con el erario público y los bienes del Estado o también cuando hay desfalco de instituciones privadas. Según nuestra opinión, la institucionalidad de la justicia debería concebir los procedimientos más idóneos para recuperar los fondos malversados, para resarcir y restituir lo que es de pertenencia pública, previendo los mecanismos necesarios para evitar que la ciudadanía asuma económicamente las consecuencias nefastas de las acciones de los corruptos.

⁹ Edmon Cahn, "*Justicia*", en Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, Volumen 6, *Op. cit.*, p. 393.

¹⁰ Étienne Perrot, *La Séduction de l'Argent*, Desclée de Brouwer, Paris 1996, p. 15.

¹¹ Étienne Perrot, *La Séduction de l'Argent*, *Op. cit.*, p. 15.

¹² *Ibid.* p. 16.

En nuestro contexto atreverse a pensar sobre la justicia requiere en un primer momento insertarse en la realidad histórica en estos inicios del siglo XXI. En Centroamérica todo este proceso de pensar la justicia es dentro de la atmósfera de transformaciones globales en el contexto de la aplicación de las medidas de los ajustes estructurales y de la liberalización de los mercados de las restricciones y obligaciones impuestas por los Estados nacionales.

Estableciendo una relación con el tema que estamos desarrollando, la justicia se piensa para hacer los cambios sociales necesarios para el bienestar de la población, la cual tiene como característica principal una pobreza que ha derivado en exclusión social de una gran parte de la población, y en el contexto donde hay corrupción esta realidad socioeconómica se agrava.

Desde esta perspectiva la justicia es orientadora para la acción individual, las acciones colectivas e institucionales con la finalidad de emplear los medios para estructurar la organización social buscando garantizar la realización del bien común. Esta organización social se institucionaliza cuando la justicia se expresa jurídicamente.

En la historia ha habido un esfuerzo humano importante por articular lo crítico y lo utópico teniendo en cuenta la justicia social. Si concebimos desde una perspectiva crítica la práctica de la corrupción como un mal que destruye los proyectos porque se apropia de los bienes de nuestros pueblos, que arrasa incluso con el bien de la confianza pública, una sociedad que promueve la justicia social utópicamente tendería a un horizonte en el que ya no habrá corrupción.

La perspectiva ética ofrece la visión crítica del ser humano que por su propia estructura asume el pasado, el presente y la apertura hacia el futuro. La ética pues, nos permite una visión global de la humanidad y de la historia siempre en constante actualización, siempre inacabada por lo que la humanidad demuestra en su recorrido y por lo que ésta puede llegar a ser y hacer.

La visión crítica ante el problema de la corrupción es incompleta sin un horizonte utópico. Desde la perspectiva de la ética social este horizonte es determinado por la búsqueda del bien universal y el bien universal ha sido muchas veces el bien de la justicia.

Si la ética es una reflexión sobre la praxis humana que busca el bien universal, la perspectiva ética que pretende comprender lo que es y lo que hace el ser humano en la sociedad, articulando el aspecto crítico y el utópico, con el fin de alcanzar el bien de la justicia, es la perspectiva de la ética social.

Ante el problema de la corrupción que afecta a nuestros países es importante recordar la pregunta fundamental que aborda la ética social: ¿Cómo pueden las instituciones sociales estructurarse para favorecer al máximo la justicia en todos los aspectos de la existencia humana?¹³

La ética social tiene por tarea el hacer posible un comportamiento responsable con respecto a sí mismo, con respecto a las otras personas de su entorno y con respecto al medio ambiente, en el cuadro de las relaciones mediatizadas por las instituciones sociales¹⁴. Esta tarea no es nada fácil aunque no podemos eludirla porque somos los hombres y mujeres los responsables de la organización institucional de la sociedad, la ética social analiza esta responsabilidad relativa de las estructuras sociales y sus efectos con respecto a la calidad de las relaciones humanas fundamentales¹⁵.

De hecho la corrupción cuestiona si los principios de organización política son aptos para constituir una sociedad relativamente buena y justa, que haga justicia al ser humano en la dimensión económica teniendo en cuenta las restricciones y las obligaciones de las relaciones económicas con realismo¹⁶.

¹³ RICH Arthur, *Éthique économique*, by Labor et Fides pour l'édition française, Genève, 1994, p. 87.

¹⁴ *Ibid.*, p. 83.

¹⁵ *Ibid.*, p. 76.

¹⁶ Este es de suyo el objeto de la ética económica.

Profundizando sobre este aspecto, hay que decir que la tarea principal de la ética económica es la investigación y la búsqueda de una organización económica y social con condiciones de vida del ser humano que sean a la vez justas y realistas. Esta organización toma en cuenta los derechos y los deberes elementales de los individuos, de los grupos, de las sociedades en su conjunto. Por ello, la ética económica parte de los resultados y los datos que nos otorga la realidad para elaborar los principios o máximas de acción que no se reducen a postulados idealistas. Por esta razón, la ética económica comienza por un análisis de la situación real, política, económica y social con el fin de delimitar los problemas existentes¹⁷. La corrupción es un mal que afecta la sociedad en su conjunto y que perjudica la condición de vida de gran parte de la población, esto demuestra la necesidad de estudiar a fondo el tema de la corrupción para encontrar soluciones prácticas y realistas al problema.

La Sociedad Civil una fuerza social en pro de la justicia ante la corrupción

La sociedad civil tiene un rol protagónico y de suma importancia con su participación activa para erradicar la corrupción, no solamente por su capacidad de ejercer presión en la sociedad para que se haga justicia sino por su rol fiscalizador de la gestión pública, así como por su capacidad de exigir para que el aparato judicial sea eficaz. En una sociedad democrática no sólo se regula el poder con el poder a nivel de los distintos poderes del Estado que funcionan con una autonomía relativa uno con respecto al otro, la sociedad civil también puede fiscalizar la acción estatal.

La sociedad civil tiene la característica de aglutinar grupos, organizaciones, gremios de distintas tendencias y puede observar todos los ciudadanos a quienes se les delegan funciones públicas.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 233-234.

La sociedad civil y de manera particular los medios de comunicación social tienen un gran desafío: auscultar las ideologías políticas que muchas veces encubren, enajenan, distorsionan la realidad y ocultan la verdad. La sociedad civil y de modo particular los Medios de Comunicación pueden convertirse en una mediación facilitadora para promover la información veraz sobre el manejo del patrimonio, desenmascarando intereses particulares que llevan a los funcionarios o ciudadanos a realizar acciones corruptas o bien dar a conocer los mecanismos que emplean los corruptos para encubrir sus acciones delictivas. La fuerza de la sociedad civil proviene del consenso en la lucha contra la corrupción de los distintos sectores sociales que se unen para lograr dicho fin, dando la posibilidad de una acción social de carácter pluralista y que pueda fiscalizar las acciones de los funcionarios públicos que incurrir en acciones corruptas sean de las tendencias políticas que sean.

La sociedad civil puede exigir la transformación de las instituciones judiciales para que la justicia sea eficaz. Estas deben tener la autonomía requerida ante los distintos partidos políticos de las diversas tendencias que existen en la sociedad.

No olvidemos también que los Medios de Comunicación constituyen un poder en sí mismos, el esfuerzo debe ser considerable para ser objetivos, pero hay que seguir progresando en informar a la ciudadanía desempeñando un periodismo investigativo, profesional y veraz para demostrar ante la opinión pública con pruebas contundentes los casos de corrupción para que se aplique la justicia. La tarea de los medios consiste también en realizar una labor educativa, humanizando y sensibilizando la población para no reproducir los esquemas y patrones de conducta de los corruptos, presentando como horizonte alternativo una sociedad libre de corrupción y de sus secuelas.

Hay que tener en cuenta también que la corrupción se vence no sólo con la base de la legalidad sino que es necesario la legítima praxis política; la política es el ejercicio de la búsqueda del bien común en la sociedad y cuando hay corrupción la justicia se convierte en bien raro, es decir uno de los bienes no tan común.

La justicia desde la fe cristiana

La corrupción es un problema que concierne y afecta también a los cristianos. La justicia no es un valor ajeno a la experiencia de fe. La corrupción es un rostro distinto de la injusticia que hace perder la fe pública, la justicia que brota de la fe cristiana nos señala el desamor impregnado en la práctica de la corrupción, nos denuncia la idolatría que la posibilita.

La justicia que brota de la fe es pro-activa en toda situación y realidad que intenta erradicar la injusticia, en este caso la corrupción; también la justicia que brota de la fe es reactiva ante situaciones de hecho o de derecho que intentan legitimar la injusticia, es decir, la corrupción¹⁸.

La justicia que brota de la fe es vindicativa de las víctimas de la injusticia, es decir, que las defiende ante el mal provocado por la corrupción. También la justicia cristiana es reivindicativa porque lucha por el derecho de las víctimas, redime aquellos que sufren, pero también la justicia que brota de la fe es la que nos hace justos rompiendo radicalmente con la injusticia y en este caso, con la injusticia infligida por la corrupción y todas sus secuelas. El Episcopado Latinoamericano en Puebla, México dicen lo siguiente: "Exhortamos a todos a que luchen contra la corrupción económica en los distintos niveles, tanto en la administración pública como en los negocios particulares, pues con ella se causa graves perjuicios a la gran mayoría"¹⁹.

La justicia que brota de la fe es don en el sentido más radical tal como podemos descubrirlo en la revelación bíblica. Si la fe antropológica es constitutiva al ser humano, la fe en Jesucristo y su reino de justicia es don de Dios (Rom 12,3; 1Cor 12,1-3) que a su vez nos ha mostrado su rostro de misericordia ante el mal de la injusticia (Ex 3,1-12).

El pensamiento cristiano ha establecido una relación estrecha entre la justicia y la caridad (misericordia, amor, compasión); la justicia

¹⁸ Cfr. III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla, N° 494, N° 508.

¹⁹ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla, N° 1227.

ha sido concebida entre otras cosas como necesaria para otorgar a cada quién lo que se le debe teniendo en cuenta la equidad en las relaciones. Sin embargo para San Agustín, la caridad la desborda porque ésta no establece límites y se da más de lo que se debe. Por ejemplo, para San Agustín lo esencial es amar, si se ama no hay peligro de que se cometa injusticia. No obstante, la noción de justicia no queda absorbida, subsumida en la caridad o misericordia.

Santo Tomás destaca el valor esencial de la justicia, la cual concibió como un modo de regulación fundamental de las relaciones humanas, retomando la filosofía aristotélica la enriqueció y habla de tres clases de justicia:

*"la conmutativa, basada en el cambio o trueque y reguladora de las relaciones entre miembros de una comunidad; la distributiva, que establece la participación de los miembros de una comunidad en esta y regula las relaciones entre la comunidad y sus miembros, y la legal o general, que establece las leyes que tienen que obedecerse y regula las relaciones entre los miembros y la comunidad"*²⁰.

*Hay muchos autores que han retomado la concepción de Santo Tomás sobre la justicia porque consideran que trata los aspectos fundamentales en lo que respecta a las relaciones humanas. Hay otros autores que han elaborado su propia reflexión. Entre los autores que es importante recordar está Hobbes que defiende una concepción de justicia basada en el poder absoluto del monarca: "Es posible que las leyes establecidas por el soberano no sean justas. Sin embargo, el miembro de la sociedad regida por el soberano no tiene derecho a desobedecerlas o a criticarlas"*²¹. *Obviamente, nuestra perspectiva es crítica ante este planteamiento.*

En síntesis, la justicia tiene tres dimensiones en la tradición cristiana: la justicia distributiva, la justicia conmutativa (ambas se retoman de Aristóteles) y la justicia social.

²⁰ Santo Tomás, Suma Teológica, Iia q. LVIII, citado en José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Tomo II, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1982, p.1832.

²¹ José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Tomo II, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1982, p.1832.

- A) La justicia distributiva exige que todos tengan acceso a los medios que satisfacen las necesidades básicas (el trabajo, la educación, la propiedad, la medicina, etc.), que nadie sea excluido de los beneficios sociales básicos. Desde la dimensión de la justicia distributiva se exige que se evalúe la distribución de los ingresos, las riquezas y el poder en la sociedad a la luz del impacto sobre las personas cuyas necesidades materiales básicas quedan sin satisfacer.
- B) La justicia conmutativa exige que todos los convenios e intercambios entre los individuos o los grupos sociales privados se hagan equitativa y honradamente. Este tipo de justicia vela porque exista fidelidad en los contratos, acuerdos e intercambios y que sean partes libres y fundamentalmente iguales las que establecen estos acuerdos.
- C) La justicia social: exige que cada ciudadano contribuya al bien común, a la construcción y mantenimiento de la comunidad para que los individuos lleven una vida realmente humana. También exige que el gobierno garantice un orden social que permita a todos participar activa y productivamente en la vida social²².

La corrupción atenta contra estas tres dimensiones de la justicia porque muchos ciudadanos son privados de la educación, la salud, el empleo dado el mal uso o el desvío de las riquezas públicas hacia otros fines (no se aplica la justicia distributiva); también los funcionarios que incurrir en la corrupción no cumplen fielmente sus funciones según el acuerdo establecido para ello y se benefician lucrándose con los bienes y el erario público (atenta contra la justicia conmutativa); finalmente, la práctica de la corrupción impide que el gobierno garantice un orden social que busque el bien común, la práctica de la corrupción no posibilita que los ciudadanos logren una vida humanamente digna (afecta la dimensión de la justicia social).

Obviamente la tradición cristiana se basa en la Biblia y recupera en parte el pensamiento occidental al tratar el tema de la justicia,

²² Dean Brackley, *Ética Social Cristiana*, UCA Editores, San Salvador 1995, pp. 282-283.

también retoma los aportes de la filosofía moderna para tratar asuntos que no aparecen en la Escritura.

La justicia ha alcanzado sus expresiones y manifestaciones bien definidas en los distintos períodos históricos y las distintas culturas: Una cosa interesante sería acercarnos a la realidad económica y política para determinar el tipo de justicia que predomina, sin presuponer que ya no necesita ser actualizada en términos jurídicos y que no sería necesario mejorarla para concretar el bien común.

La justicia versus la idolatría de la riqueza y del poder

En este contexto evocamos dos derroteros para tratar el tema de la justicia, no los desarrollaremos solamente los introducimos para destacar su dimensión ética y teológica: la justicia con respecto al capital y la justicia con respecto al poder.

Ante la realidad del capital el tema de la justicia tiene mucha actualidad porque el hecho de la concentración de la riqueza ha significado también un aumento cualitativo y cuantitativo de la pobreza y de la exclusión social. Ante la realidad del poder, la justicia reclama cada vez más su empleo sin abusos y con eficacia para solventar no sólo los problemas antes mencionados sino que además hay una demanda creciente para solventar problemas como la violencia, el crimen organizado, la corrupción, etc.

La fe que engendra la justicia nos hace confrontar la idolatría de la riqueza y el poder que se convierte en una fuente de la injusticia. Es importante aclarar que la idolatría no es corrupción, pero la posibilita. Bíblicamente la idolatría es entendida como la veneración de dioses extraños, se cae en la idolatría cuando no se reconoce a Yahvé como Dios único, exigencia que se fundamenta en la liberación de Israel de Egipto y que se plasma en el primer mandamiento del decálogo²³. Hay toda una tradición profética que denuncia la idolatría. Los ídolos son obras de manos

²³ Cfr. Éx 20,3ss; Dt 4,15-20; Éx 32; 1Re 12,38; Os 8,5; 13,2.

de hombres, hechos de madera y piedra, se les atribuye propiedades, poderes que no poseen²⁴. También se han divinizado difuntos o personajes prestigiosos (Sab 14,12-21), se han adorado fuerzas naturales (Sab 13,1-10). La idolatría también desencadena prácticas de sacrificios rituales (1Cor 10,20s)²⁵.

La fe en Dios nos hace desenmascarar proféticamente la confianza o la pseudo-fe de hombres y mujeres en el dios riqueza (Mt 6,24; Lc 16,13; Mt 19,21-26) y el dios poder (Mt 22,15-22; Mt 20,25-27; Mc 10,42-44). De hecho, se entra en el reino de Dios sin practicar la idolatría (1Cor 10-14; 2Cor 6,16; Gál 5,20-21)²⁶.

La riqueza y el poder se pueden divinizar, podemos convertirnos en esclavos del dinero (Mt 6,24) y el poder político (Ap 13,8). La idolatría hace posible una relación entre el ídolo y el idólatra, de esta relación se deriva una disposición para practicar la corrupción y se entra en el circuito de hacer todo lo posible para tener la riqueza y el poder, para lo cual se construyen redes y cadenas. El poder y la riqueza que son relativos se convierten en absolutos cuando se incurre en la idolatría que induce a la corrupción. Ésta bien puede ser comparada a un rito de adoración al dinero y al poder a los que se les rinde tributo con una danza cültica.

Los Obispos de América Latina lo han expresado así: "la corrupción que a menudo invade la vida pública y profesional, manifiestan hasta qué punto nuestros países se encuentran bajo el dominio del ídolo de la riqueza"²⁷.

²⁴ Anton GRABNER-HAIDER, *Vocabulario Práctico de la Biblia*, Editorial Herder, Barcelona 1975, N° 741, N° 742.

²⁵ Xavier LÉON-DUFOUR, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Editorial Herder, Barcelona 1977, N° 404.

²⁶ Cfr. 1Jn 5,21; Ap. 21,8; 22,15.

²⁷ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla, N° 494.

La práctica de la corrupción induce a hacer todo lo posible para tener riqueza y poder pactando con la injusticia.

Desde la experiencia de la fe cristiana, la justicia es constitutiva de la misma fe que se realiza a pesar de la injusticia y al mismo tiempo, esta justicia es objetivación del **agape** en sentido estricto, es decir, es expresión del amor. Ignacio Ellacuría lo dice en los siguientes términos:

*"la justicia es aquella forma que el amor adopta en un mundo de opresión y de pecado. Abstractamente puede hacerse distinciones entre lo que es amor y lo que es justicia, tanto en cuanto actitudes psicológicas como en cuanto actitudes cristianas. Pero concretamente el amor tiene que presentarse como justicia en un mundo de injusticia; no se trata de una etapa previa o de algo que deba completarse como suele presentar el caso la doctrina social de la Iglesia. Ni la justicia es algo previo al amor ni el amor es el complemento de la justicia. En la justicia se trata de la forma histórica del amor objetivado, del amor realizado en una situación histórica"*²⁸.

La injusticia institucionalizada que legitima formas de convivencia social²⁹, es confrontada con la justicia y en este caso se realiza cambiando estas formas, estos modos de convivencia humana institucionalizados.

En la Biblia el concepto de Justicia está bastante presente. La justicia siempre se refiere a un contexto concreto de relaciones sociales.

La justicia en el Antiguo Testamento:

- A) La justicia (Sedeq) gobierna las relaciones sociales. Se hace justicia al oprimido: cfr. Jr 50,7; Is 41,2.10; 42,6; 45,8; 51,5.

²⁸ Ignacio Ellacuría, Jon Sobrino, *Fe y Justicia*, Editorial Desclée de Brouwer, S.A., Bilbao, 1999, p.131.

²⁹ Injusticia Institucionalizada es la injusticia presente en los diversos sistemas sociales, políticos y económicos, así como en las ideologías de los mismos. Cfr. La III Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla N° 509, N° 562.

- B) La justicia (*Sedaqah*) aparece como un acto de bondad o compasión para el huérfano, la viuda y el oprimido, para el inmigrante, el pobre. (cfr. Jc 5, 1Samuel 12,7; Miqueas 6,5; Daniel 9,16).
- C) La justicia también es *Mishpat* que se traduce en el derecho, tiene matices jurídicos, pero todas estas expresiones de justicia son extensiones de su sentido primario: justicia liberadora, salvífica. De suyo *Mishpat* significa liberar al oprimido: "Busquen *Mishpat*; den sus derechos al oprimido, hagan justicia al huérfano y defiendan a la viuda" (Is 1,17).
- D) La justicia también tiene una relación intrínseca con el amor (*hesed*), la compasión (*rahamin*) y el acto de bondad (*sedaqah*). En la tradición bíblica no hay tensión entre la justicia y la misericordia (cfr. Mi 6,8; Oseas 12,7; Zacarías 7,9; Is 30,18).

En el Nuevo Testamento, Jesús de Nazaret es el *homo iustus* por excelencia porque él es la justicia de Dios en persona (1Cor 1,30; 2Cor 5,21). Jesús no solamente es un hombre justo sino que proclama y principia el Reino de Dios que representa la realización de la justicia (*sedeq* y *mishpat*) de Dios. Jesús se preocupa por los pobres y marginados, Jesús demuestra el amor al prójimo, sobre todo al que sufre (Mt 5,6; 7,12; 23,23; Lc 6,20). Jesús sostiene que en definitiva las normas y criterios de justicia tienen que expresar las exigencias del amor³⁰.

En nuestra sociedad la justicia no es algo ya dado sino que es una búsqueda, una conquista, siempre por alcanzar y al enfrentar el mal de la corrupción no deja muchas veces de provocar escepticismo. Desde la perspectiva de la fe cristiana la justicia se convierte en una posibilidad real porque el principio de la justicia reside en Dios mismo que puede transformar el corazón humano, convertirlo para superar la injusticia o la corrupción; la justicia brota de un corazón humano seducido y conquistado por Dios (Rom 10,10) para implantarla desechando la maleza de la injusticia (Jer 31,33). La justicia es fundamentalmente don de Dios. La justicia es en definitiva obra de Dios con la colaboración

³⁰ Dean Brackley, *Ética Social Cristiana*, Op. cit., pp. 276-277.

humana, con la presencia de Dios que reina en la sociedad y en la historia acaece la justicia. La fe nos hace decir con el sentido más hondo de la confianza que siempre habrá corazones convertidos que luchan contra la injusticia y que la justicia tendrá la última palabra.

La justicia bíblica no se entiende como la aplicación imparcial de unas reglas establecidas. La justicia es para todos pero destaca que ella debe responder a la necesidad de los vulnerables; la justicia bíblica no se entiende solamente como un criterio ideal que puede modificar o reformar un conjunto de normas o reglas. La justicia se formula en leyes, nos proponen un ideal de vida es verdad, pero sobre todo ***la justicia es una praxis que brota de la fe en Yahvé***, la fe en Dios, la fe en que Dios reina en la historia y en el pueblo.

Somos justificados por la fe (Rom 1,17) y es de esta fe de la que brota la justicia. La fe nos justifica, nos hace justos (Rom 4,3). La fe nos salva (Rom 5,1-11) entendiendo que esta salvación es también histórica. En relación con nuestro tema, podemos decir que la fe nos salva históricamente liberándonos de todos los males, entre los que se encuentra el mal de la injusticia, el mal de la corrupción. La justicia que brota de la fe nos libera de toda expresión maléfica de la injusticia y la corrupción es una de ella. Una fe auténtica lleva al compromiso de realizar la justicia históricamente sabiendo que lo último, lo definitivo de la historia no es el triunfo de la injusticia y de la corrupción, al final el reino de justicia que Jesús anuncia en las bienaventuranzas será todo en todos.

En conclusión, la justicia es un tema fundamental para los pueblos latinoamericanos, por lo tanto no podemos prescindir de la justicia, ni olvidar este tema de suma importancia en la historia de América Latina. La justicia la hemos pensado en relación con la injusticia que es una realidad que afecta nuestros países y nuestras sociedades. La injusticia nos muestra un nuevo rostro que no se puede ocultar. La corrupción es un nuevo rostro de la injusticia, solamente podemos enfrentarlo con la praxis de la justicia que requiere una reflexión a fondo sobre su significado, sus fundamentos ético-filosóficos, su institucionalidad. Pero también, la justicia no puede ser concebida en su sentido más radical

sin su inspiración bíblica-teológica, la cual nos remite al principio y el término de la misma.

La corrupción muestra la sagacidad, la astucia, el ingenio humano puesto al servicio propio para obtener el mayor provecho de las responsabilidades y funciones delegadas, sin medir las repercusiones sociales de dicha práctica. La praxis de la justicia tiene un desafío impresionante y fabuloso para redimir al ser humano de las redes y cadenas de la corrupción. La actualización de la justicia procesal, el fortalecimiento de la institucionalidad judicial, la participación activa de los ciudadanos en su quehacer político y en la sociedad civil, son mediaciones necesarias para hacerle frente al rostro adverso de la corrupción.

La justicia que brota de la fe es activa en la búsqueda de la verdad, no pacta con situaciones de hecho o de derecho con la corrupción; la justicia que brota de la fe está arraigada en la historia de la salvación, lleva al compromiso con las víctimas, con los vulnerables, los pobres y los excluidos. La fe que engendra la justicia nos salva, nos libera de la idolatría al poder y a la riqueza, que peligrosamente nos puede convertir en hombres y mujeres corruptos (as) o injustos (as). La fe que engendra la justicia nos lleva a anunciar la buena noticia del Reino de Dios. La fe auténtica lleva al compromiso de acoger y realizar el reino de Justicia, esperando activamente que acontezca de manera definitiva al final de los tiempos.



Diakonia, le desea a Usted, a su familia, a su comunidad, grupo, movimiento.....

¡UNA FELIZ NAVIDAD Y PRÓSPERO AÑO NUEVO 2003!

Además tenemos actualizada la nueva dirección

Página WEB de Diakonia:

http://www.uca.edu.ni/nueva/centro_pastoral/diakonia